

LA REVISTA BLANCA

PUBLICACIÓN QUINCENAL

DE

SOCIOLOGÍA, CIENCIAS Y ARTES

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *Gocemos*, por Charles Money.—*De la verdad*, por Soledad Gustavo.—*Pérdida de mercados*, por Ricardo Álvarez Nuñez.—*La economía política*, por Donato Luben.—*La lucha por la existencia entre los hombres*, por Vicente March.

CIENCIA Y ARTE: *Ciencia y Socialismo*, por Dr. Boudin.—*Nacimiento de los insectos*, por P. Casabó.—*Cuentos de amor*, por un Trimardieur.

SECCIÓN LIBRE: *Por Zola*, por U.—*Evoluciones*, por A. Galcerán.—*El anglo-sajonismo*, por Jaime Brossa.

TRIBUNA DEL OBRERO: *A la Revista Blanca*, por C. Ginna.—*El grito de una madre* (cuento), por Cándido Carande.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA.

ADMINISTRACIÓN

8, PONZANO, 8
MADRID

Ayuntamiento de Madrid



Mu
fundad
que el
Est
tendia
pujada
predisp
la bon
Adm
esta te
sano p
satisfac
tiene m
Hay
necesid
Hag
permit
no tan
leyes i
No
esclavi
borada
Es
condic
fluye e
las per
de los
Un
goces

MADRID.—Imp. de B. Rodríguez: Palma Alta, 55, duplicado.



SOCIOLOGÍA

GOCEMOS

Mucho se ha hablado para definir el objeto de la vida. Sobre la muerte lo han fundado unos, en la anulación del yo, otros. Cerebros desarreglados han dicho que el martirio era el mayor de los goces.

Estas teorías, hijas de una metafísica excesivamente pretenciosa, pues pretendía explicarlo todo por intuición, han pasado al rango de ideas muertas empujadas por el avance de las ciencias positivas y, más que por ellas, por la predisposición innata que el hombre siente hacia lo bello y lo bueno: el placer y la bondad.

Admitamos, como los *estetas*, que todo placer es bueno, pero antes de admitir esta teoría y hacer de ella una doctrina, hagamos un hombre natural, fuerte, sano para que halle el placer, no en el vicio y en deseos antinaturales, sino en las satisfacciones naturales que cada uno siente y que en todo cuerpo bien organizado tiene marcado la propia materia.

Hay goces artificiales y mucho menos intensos que los naturales, como hay necesidades artificiales mucho menos deliciosas que las naturales.

Hagamos del goce el objeto de la vida, pero constituyamos una sociedad que permita la formación de hombres que sepan distinguir el goce real del ficticio. Y no tan solo que sepan distinguirlo, sino que puedan distinguirlo, porque hasta las leyes internas podemos mejorar con el ambiente.

No basta hacer libre al hombre: es preciso construir un cerebro que no ame la esclavitud libremente, como sucede hoy. Tenemos la sustancia gris tan mal elaborada que consideramos imposible andar sin cadenas.

Es menester un sér que por sus condiciones *materiales*, sobre todo por sus condiciones *materiales*, anhele el goce sano de los sentidos, pues tanto ó más influye el cuerpo sobre el cerebro, como el cerebro sobre el cuerpo. Demuéstranlo las personas instruidas que buscan el placer material y hasta el intelectual fuera de los atributos naturales, es decir, escarneciendo su propia naturaleza.

Un enfermo, no solamente puede gozar haciendo mal, sino que puede crear goces que, sin ser malos para los demás, lo sean para el que los ejecuta.

Así como se crea una ciencia mentira, puede crearse un placer artificial. El primero es hijo de un cerebro mal educado, el segundo de un cuerpo corrompido y degenerado ó forzado.

Hagamos hombres sanos y la misma naturaleza nos trazará el camino de nuestra felicidad. Así como ahora llevamos dentro el mal por estar malos, así entonces llevaremos dentro el bien por estar buenos.

Las condiciones de la actual sociedad se oponen á la salud. Hagamos que aparezcan.

Ya sabemos que no es nuestro ideal para realizado en donde nadie ni siquiera reúne condiciones salubres. Por eso somos socialistas.

Es mucho más fácil hacer un hombre bueno de un ignorante, que de un truído enfermizo.

La civilización aporta mucho al campo del bienestar humano, pero no lo aporta todo; como tampoco lo aporta todo la salud. Reunidas ambas construirán el hombre capaz de fundar sociedades sin amos ni esclavos.

Cuanto más perfecta es una máquina de vapor, con el mismo gasto de energía desarrolla más fuerza. Cuanto más perfecta es una máquina fotográfica, con más potencia y con más exactitud retrata los objetos que caen bajo el dominio de la cámara. De todas las invenciones humanas podríamos decir lo mismo. Cuanto más sano y perfecto es el hombre con más intensidad ha de sentir los gozos porque con más exactitud transmiten los nervios al cerebro las impresiones externas é internas que reciben.

Si la sociología nos dice: el hombre será tanto más feliz cuanto más completamente satisfaga sus satisfacciones, la fisiología nos demuestra que de nada le sirve servir las reformas sociales si no mejoran la constitución orgánica del individuo.

Si queremos ver, pues, al hombre feliz mejoremos su cerebro y su cuerpo. Progreso y salud.

CHARLES MONEY.

DE LA VERDAD

¿Existe la verdad? Para los que nos absorbemos en el análisis de los organismos sociales y procuramos ahondar las causas y los efectos correlativos de las instituciones hoy en día existentes, no pasa de ser un problema sin resolver. Pues, convencionalismo élla ya que varía en el tiempo, en el lugar y en la circunstancia, déjanos la convicción de que eso que se tiene como—una máxima—proposición en que todos convienen, y nadie puede negar racionalmente fundarse en principios naturalmente conocidos—es una de tantas preocupaciones que subsisten y subsistirán por largo tiempo.

El espíritu humano sigue un orden determinado de progreso posible, donde unas cosas tienen que preceder á otras; orden que los que dirigen la opinión pueden, sin duda, encauzar, enderezándolo á donde la corriente simpática suya así lo exija; pero como todos los asuntos de instituciones políticas son relativos

vos y no absolutos, de ninguna manera podrán encerrarlo en un criterio concreto. Diferentes etapas de la humanidad tendrán y deberán tener instituciones diferentes. Necesidad es esa de la historia, como las modificaciones climatéricas son necesidad de la naturaleza, como la desaparición de las selvas son necesidad de la civilización.

Toda evolución política ha supuesto evolución filosófica, evolución científica, evolución artística; como toda convulsión geológica supone siempre cambio de fauna y de flora.

El arte en sus diversas y múltiples manifestaciones, englobado á veces, subdividido otras en literatura, música, escultura etc., está sufriendo una constante modificación. A la magnitud y fuerza, luz y contorno, color y figura de los clásicos, sucede sombra y misterio, idealidad ignota, graciosa locura, pero al fin locura, del mundo imaginario, creado EXPROFESO de lo románticos, y á éstos suceden los que en busca de la verdad prescinden de lirismos y de obsesiones más ó menos bellamente expresadas, sacrificándolo todo al análisis, á la investigación científica, á la conveniencia social.

Paso á paso nos vamos aproximando á la meta de nuestras más grandes aspiraciones; concluyendo por apreciar ante todo el trabajo del sabio que analiza al hombre *parcialmente* para conocer el engranaje *total* de una civilización, y con este método poder seguir con facilidad la evolución de todos los organismos sociales á través de los siglos. Conocidas que sean las leyes que rigen esas evoluciones, podrán prever los meticolosos en sociología, el fin hacia donde se dirige nuestra época.

¿Seremos entonces dueños de la verdad? De ninguna manera. Podemos decir con el poeta :

En este mundo traidor
nada hay verdad ni mentira;
todo es según del color
del cristal con que se mira.

Todos cuantos amamos el progreso, amamos la verdad; no la poseemos, en su busca vamos. ¿Está lejos aún? Según el temperamento de cada cual está más cerca ó más lejos. Yo la percibo en lontananza, cual sombra misteriosa que se aproxima cuanto más profundizo los intrincados laberintos que nos ofrecen á los estudios los descubrimientos científicos y los cálculos filosóficos.

El ser humano en busca de la verdad irá perfeccionándose incesantemente cuyo es el fin del espíritu dominante de los modernos tiempos.

SOLEDAD GUSTAVO.

PÉRDIDA DE MERCADOS

Para nuestros eminentes estadistas la pérdida de los mercados es la calvicie segura. No faltarán brevas; eso no, pero lo que es pelos, á San Pedro habrán de pedirselos.

Buscarán por todos los cerros y llamarán á todas las musas para ver si entre

cerros, musas y estadistas podrán sustituir los mercados que se van ¡ay! para volver jamás, por otros que vengan para jamás marchar.

¿Sabes lector querido lo que saldrá de mulleras tan sapientísimas para remediar de males tan grandes? Pues recargo sobre la importación en unos artículos y sobre la exportación en otros. Después, á descansar que bien merece descanso el obrero tan fatigosa y prolongada.

Total nada. España quedará rezagada, no por la falta de mercados, que éstos ellos mismos se abren cuando se puede ofrecer los productos en buenas condiciones sino por la imperfección de nuestra industria y por el atraso de nuestra agricultura.

Los grandes productores españoles, ó los grandes capitalistas, porque ellos nada producen, están más atentos á la explotación del obrero que al mejoramiento de la mercancía.

Así como los industriales y agricultores de otras partes buscan la baratura en la perfección de los medios de producir, aquí la buscan rebajando el jornal del proletario ó bien obligándole á comprar los artículos con que pésimamente se nutre en almacenes y cantinas propiedad de los mismos patronos que los venden más caros y peores que en otros sitios. De esta manera piensa obtener el 50 por 100 de beneficio y competir con los que emplean su talento y sus caudales mejorando los medios de producción.

En España hay espíritu explotador, sí; pero no hay espíritu industrial ni comercial; y queriendo ganar los explotadores de aquí más de los que ganan los de otros países, han de lograrlo explotando más al obrero.

Y los gobernantes españoles no comprenden, ¡qué han de comprender! que se facilita la exportación de una mercancía, todo lo que gana el productor lo pierde el consumidor y viceversa, si se facilita la importación el consumidor gana lo que el productor ó acaparador pierde.

La vida económica de un pueblo no se altera con estas medidas. Se alteran en casas particulares que no influyen en el bienestar de las naciones.

La buena administración de un gobierno y el perfeccionamiento de los medios de producción, que no se logra sino empleando los millones que en España se hallan empleados en papel de Estado, capital muerto para la nación, influye en el bienestar de ésta.

Cuando menos reducen la miseria á proporciones pequeñas, aunque permite la escasez de las clases humildes.

Lo demás son recursos de pueblos gastados é inútiles.

En ningún país es tan barata la vida como en Inglaterra. ¿Por qué? Porque la perfección de sus productos pone la nación á salvo de toda competencia. Así en sus puertos hay entrada libre. No han de temerla.

Muy mal va la producción de un país que para colocarse necesita ayuda de las tarifas arancelarias, porque esta colocación va acompañada de un aumento en el precio de la mercancía.

Supongamos que España cerrara sus puertas á todo producto extranjero ó que pusiera imposibles condiciones de entrada. ¿Qué sucedería? Pues que los obreros de España tendrían más trabajo y hasta quizá aumentaría el valor de sus jornales pero la vida sería más cara, porque los productos nacionales adquirirían más precio.

Conque, tarea para rato tienen nuestros perspicaces políticos y nuestros eminentes estadistas, careciendo como carecen de colonias á quienes imponer los productos de España por medio de crecidas tarifas sobre los productos extranjeros.

O se perfecciona la producción española ó la vida obrera será imposible y difícil la del pequeño capitalista y por consiguiente la despoblación del país inevitable.

RICARDO ALVAREZ NUÑEZ

LA ECONOMÍA POLÍTICA

La Economía es la ciencia que trata de estudiar las leyes del trabajo á fin de que los esfuerzos de la actividad humana se conviertan en la mayor suma de *satisfacciones* posible.

Pero los doctores de la Economía política, han desnaturalizado los principios fundamentales en que debería informarse tan interesante rama del saber humano y creen, ó suponen creer, que la misión de la Economía debe circunscribirse exclusivamente al estudio de las leyes del trabajo para procurar, por todos los medios posibles, que las grandes fuerzas de la mecánica ciega, del músculo animal y del cerebro inteligente que concurren al desenvolvimiento de la producción general, conviértanse en la *mayor suma posible de productos acaparables*.

A primera vista casi, no se advierte la diferencia que pueda existir entre *productos* y *satisfacciones*, pues parece ser de una evidencia incontrastable que allí donde se produce una *satisfacción*, es, indudablemente, porque se ha consumido un *producto*; y por lo tanto, puede creerse, con aparente lógica, que latiendo en todo producto, como, desde luego, latén, las dulzuras de la satisfacción, da lo mismo que la Economía política procure la transformación de las fuerzas del trabajo en la mayor suma posible de productos que se afanara en convertirlas en *satisfacciones*.

Pero, desgraciadamente, no es así, por más que lo parezca; pues aunque el producto al ser consumido, da lugar á la satisfacción de goces en él latentes, el empeño de la Economía política en convertir en *productos* las fuerzas del trabajo y no en *satisfacciones*, es un empeño egoísta, empeño que causa los más deplorables resultados en la sociedad, pues que se presta al antirracional monopolio que ejercen sobre el hombre desheredado los omnipotentes tenedores de la social riqueza y es, por decirlo así, la grosera placenta en que se engendran y desenvuelven todas las manifestaciones de la explotación que el hombre ejerce sobre el hombre.

El producto es el agente llamado á llenar todas las necesidades de la vida del hombre; contiene en sí elementos de goce que pueden ser fácilmente retenidos por los que viven á expensas de la explotación; luego el *producto* es un elemento de vida perfectamente explotable.

No así la *satisfacción*, que suponiendo una *necesidad satisfecha*, esto es, *producto consumido*, nadie puede medrar á su costa, ni menos acaparar la del pró-

jimo en su beneficio exclusivo después de haber sido producida. La misión de la Economía socialista, no de esa *pseudo* Economía apellidada política que sólo trata de defender los intereses perturbadores de la explotación capitalista, no es, no puede ser otra que la de dedicarse concienzudamente al estudio de las leyes de la actividad humana para que los esfuerzos del hombre se conviertan en la mayor suma posible de satisfacciones.

Al expresarnos así, claro está que lo hacemos con el fin deliberado de demostrar que no es justo, por ejemplo, que los trigos permanezcan almacenados, mientras que á millones de criaturas, no les es lícito desayunarse porque ni siquiera poseen un mezquino mendrugo de pan que poder llevarse á la boca. Los productos son elaborados por la fuerza creadora del trabajo con el único fin de que satisfagan necesidades de consumo más ó menos inmediatas, útiles ó perentorias, y es un error punible que el paño y el lienzo se los coman la polilla en los almacenes, sólo porque así convenga á los intereses antihumanos de unos cuantos explotadores mientras que infinidad de seres humanos, tiritan de frío en medio del arroyo por no poder cubrir sus carnes con el decoro y la confortabilidad que la higiene y la decencia demandan, de consuno.

Dicho cuanto precede, claro está que lo que en un principio parecía un inhábil juego de palabras insustanciales, dejará de parecerlo, pues que bien satisfactoriamente explicada queda la transcendental diferencia que existe entre el afán demostrado por los sabios doctores de la Economía política al pretender convertir las fuerzas del trabajo en la mayor suma de productos posible y nuestro loable propósito de que las fuerzas del trabajo sean transformadas en satisfacciones.

La satisfacción, el goce, late dentro del producto, es el producto mismo absorbido por nuestras necesidades de nutrición, de ornamentación ó de recreo; pero la satisfacción supone el producto aplicado á las necesidades de nuestra existencia lo que ya no es susceptible de ser retenido y explotado por agentes extraños, mientras que el *producto*, como determinador de *satisfacciones*, puede ser, y lo es, retenido por la especulación mercantilista de los acaparadores, produciendo sus consumo efectos desastrosos en las masas productoras de la sociedad, que son las únicas que padecen las amargas privaciones determinadas por los secuestros de los productos que realiza el capital.

Por esto los doctores de la Economía política, tienen muy buen cuidado de hablarnos de *productos*, pero no de *satisfacciones*.

La Economía política ha fracasado en sus vanos intentos de promover la felicidad social de los pueblos, porque los economistas han tomado como fundamento doctrinal de Economía, los más injustos y perturbadores errores económicos. Pretenden salvar á la sociedad del marasmo pauperizador que nos amaga, y, como sólo procuran el afirmamiento y consolidación de la dominación mesócrata sobre las esclavizadas muchedumbres obreras que viven al día del alquiler de sus fuerzas, á vuelta de proclamar principios erróneos de Economía y de hilar capeosidades absurdas, han promovido la bancarrota de la misma ciencia conque pretendían regenerar la sociedad.

No otra cosa podía suceder, lógicamente pensado; pues que los sabios de la Economía política, extraviados del verdadero camino que les estaba sabiamente trazado por una ciencia que sólo debe aplicarse al estudio de las leyes de la actividad humana para que los esfuerzos de los productores, se conviertan en la ma-

yor suma
lado de la
sociología
haciend
trovertib
sente rég

La Ec
idóneo de
que los e
cer la pr

Sólo c
cumpla f
en la pro
desenvue
colectivo
mutua re
mente; e
estudio d
males qu
mos, y.
porvenir
posible,
que debe
entre el
los esfue
lidad, ha
monia.

LA

La le
explicac
animal

Basá
la lucha
sociológ
sociedad

Los
de la fu
duos qu
estructu
constan
trionfar

por suma posible de satisfacciones, han procurado á todo trance colocarse del lado de la explotación capitalista, tergiversando las nuevas demostraciones de la sociología moderna, que condenan la explotación del hombre por el hombre y haciendo cuanto es imaginable para demostrar la legalidad y satisfacción incontrovertibles del origen de la propiedad privada, principal sustentáculo del presente régimen social.

La Economía verdadera, como ciencia dedicada exclusivamente al estudio idóneo de las leyes del trabajo, tiene que inspirarse en principios más elevados que los en que se inspira y fundamenta la Economía política, si ha de lograr ejercer la preponderancia esplendente que de suyo le corresponde.

Sólo cuando la Economía, emancipada de oficiales y autoritarios mentores, cumpla fielmente su elevada misión de estudiar las grandes leyes que instruyen en la progresión ascendente de la actividad humana, para que la humanidad se desenvuelva libremente y movida por el bienhechor resorte del interés social colectivo, convirtiendo sus sacrificios de trabajo en servicios conmutativos de mutua reintegración y en disfrute de necesidades satisfechas amplia y libérrimamente; cuando la Economía, repetimos, se dedique con exclusividad absoluta al estudio de la verdad científica, atacando en sus verdaderos orígenes los acerbos males que determinan la espantable pauperización en cuyos horrores nos agitamos, y, estudiando las admirables leyes que han de regir á las sociedades del porvenir, regidos por la ciencia, el amor y la razón, procure, en la medida de lo posible, identificar con las imperturbables armonías del universo, las armonías que deben existir en el orden económico y en las relaciones sociales establecidas entre el individuo y la colectividad, cuando á tan saludables fines se conduzcan los esfuerzos de los economistas todos, despojada de todo anacronismo y parcialidad, habrá llegado la Economía al deslumbrante apogeo de su redentora hegemonía.

DONATO LUBEN.

LA LUCHA POR LA EXISTENCIA ENTRE LOS HOMBRES

La ley biológica de la lucha por la existencia descubierta por Darwin, no fué explicada por el sabio naturalista más que con referencia á los reinos vegetal y animal en la escala zoológica.

Basándonos en esta ley biológica, examinemos las condiciones y resultados de la lucha por la vida exclusivamente entre los hombres y bajo el punto de vista sociológico, ó sea en lo que atañe á las relaciones de los hombres viviendo en sociedad.

Los medios de lucha por la existencia entre los animales dependen solamente de la fuerza y agilidad de sus órganos y de la estructura zoológica. Los individuos que luchan los unos contra los otros disponen cada uno de una fuerza y una estructura diferentes que heredaron de sus antepasados y que ellos desarrollan constantemente por ejercicio. Los que tienen mejor desarrolladas sus fuerzas triunfan ordinariamente y hacen perecer en el combate á los más débiles.

En muchos casos no hay lucha, porque se impone la rendición antes de entablarla, considerándose quimérica la resistencia. Ante la imposibilidad de la misma, no se intenta siquiera por las especies que son acometidas por otras irresistibles y de una energía incomparable é insaciablemente devoradora.

El resultado final de la lucha entre los animales es la selección directa de la especie. Los combatientes débiles que son vencidos desaparecen sucesivamente, y los más fuertes se multiplican de suerte que la estructura de las especies y variedades de animales que sobrevienen se desarrolla progresivamente.

En la vida humana estos hechos se manifiestan de un modo muy distinto. La estructura zoológica, ó para hablar con más propiedad, antropológica y la fuerza física constituyeron sus medios principales de lucha por la existencia, solamente en los tiempos primitivos; más con el desarrollo de la vida social, este medio natural ha llegado á ser accesorio. Los instrumentos artificiales comenzaron á desempeñar un papel principal, unidos á los conocimientos y productos que solo el hombre es capaz de extraer del seno de la naturaleza, de conservarlos y perfeccionarlos, trasmitiéndolos á las generaciones futuras. Así el hombre creó los valiosos instrumentos que le dan el poder de vencer á la naturaleza y mejorar su existencia.

Un filósofo de la antigüedad afirmó que el hombre adquiere esta facultad de crear, gracias á la estructura de sus órganos y principalmente á la configuración de los dedos de las manos. No es posible determinar hasta qué punto es verdadera esta afirmación, reconociendo desde luego la importancia de las falanges de los dedos en sus funciones todas como auxiliares poderosos de la actividad física y de la capacidad intelectual. Muy difícil sería imaginarse de qué manera el hombre teniendo los cascos del caballo en lugar de las manos, hubiera podido fabricar los instrumentos astronómicos, sin los cuales son imposibles la navegación y el comercio colonial, de qué modo con las extremidades torácicas del solípedo en vez de los dedos, hubiese podido inventar la imprenta, ese arte magnífico que ha trasmitido el trabajo de tantos pensadores, proporcionando tan inmensos tesoros á las ciencias. Pero desde luego se comprende que, sin dedos el hombre, jamás hubiésemos obtenido las producciones asombrosas del arte, las obras de Mozart, de Weber, de Beethóven, ni los cuadros de Murillo, de Rafael y otras maravillas del genio.

De todos modos la estructura antropomórfica ha establecido límites marcados á la lucha, reduciendo el vastísimo campo de su acción. En él cuando alguno logra por casualidad la posesión de un capital que le proporciona el medio de adquirir conocimientos y múltiples elementos de combate, adquiere la capacidad de luchar contra un adversario y vencerle, si éste á pesar de sus fuerzas antropológicas, no posee el capital necesario ni los conocimientos suficientes para sostener la competencia.

El salvaje que alcanza la victoria, arrebatada ordinariamente por el pillaje y con violencia toda la propiedad del vencido, le hace su esclavo y en caso de resistencia lo mata.

Si alguno entre los salvajes logra encumbrarse y llega á ser el Jefe, entonces celebra su victoria con las más atroces crueldades, reduciendo toda la horda á la esclavitud y acaparando para sí todos los recursos de subsistencia. Por este medio y á fuerza de persecuciones incesantes, somete sus esclavos á un yugo tan omi-

noso y rudo que pierden con la libertad individual toda posibilidad de asociarse y resistir colectivamente al tirano. Los que conservan un resto de dignidad son despiadadamente ejecutados, y la turba embrutecida solo representa el papel de un vil rebaño que se multiplica como ganado vacuno para nutrir al tirano y sus satélites. Este sistema de violencia y opresión es sostenido por una organización formidable de fuerzas públicas, contra las cuales no pueden luchar los individuos aislados y reducidos á la servidumbre.

En países que se dicen más civilizados se repite la misma iniquidad bajo otras apariencias y empleando armas de todas clases, la explotación, la hipocresía, la farsa, la prostitución, la mentira, la seducción, el soborno, la estafa, la traición y el crimen en todas sus formas y variedades infinitas,

Sucesivamente, según los grados de civilización, va presentando la especie humana diferentes cuadros que ofrece el abominable espectáculo de esta batalla encarnizada por su sostenimiento. En algunos el encarnizamiento es terrible, produciendo espeluznantes hecatombes. En otros, la acción mortífera es lenta, pero no menos devastadora y cruel. Véanse atletas que caen y se levantan, y otros muchos que, no obstante, sus desesperados esfuerzos son arrollados y devorados por elementos superiores que á su vez son atacados, y finalmente debilitados y vencidos por otros de mayor poder. Estos por su parte no considerándose bastante poderosos, se asocian y formando compañías, aspiran á ser invencibles. Algunos más decididos logran tomar posiciones, de las que son desalojados, viéndose obligados á cambiar de sitio y á veces hasta de táctica y de armas; todo inútil, tras furiosa resistencia y á través de penalidades innarrables la derrota es inevitable y la muerte segura.

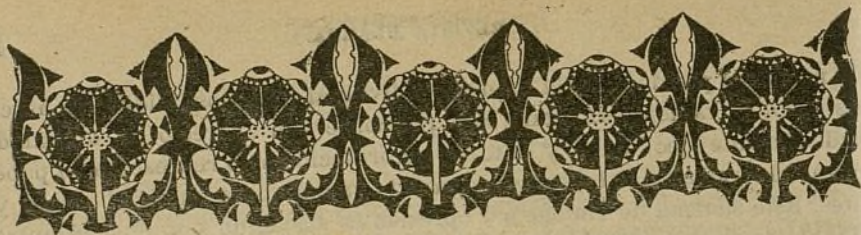
Existen privilegiados que no necesitan luchar porque mucho antes de venir á la vida ya tenían seguro en el banquete de ella un buen cubierto, y presencian impasibles como se despedazan los demás desheredados, á quienes miran con cínico desprecio, creyendo que nunca podrán llegar á sentir como ellos la necesidad de pelear por el pan en tan repugnantes condiciones. En esta perspectiva, la ley biológica de la lucha por la existencia no se manifiesta por una selección directa, como en las demás especies, sino por una selección totalmente invertida ó del revés; pues los individuos más dignos de vivir son sistemáticamente excluidos de la sociedad que llega así á cretinizarse casi por completo. De donde resulta que la inmensa mayoría no representa más que un rebaño de bestias de carga, manejadas con crueldad por los bandidos que les hacen llevar todos los fardos.

¿Perdurará eternamente esta lucha del hombre contra su semejante?

Imposible.

VICENTE MARCH.





CIENCIA Y ARTE

CIENCIA Y SOCIALISMO

Cualquiera que sea el órgano que haga un exceso de trabajo, se recarga ó gasta, y sus consecuencias destructoras llegan al cerebro, centro de todo el organismo humano, con más ó menos fuerza, según la relación que tenga el órgano lesionado por recargo y el órgano motor. En las dolencias llamadas morales, por más que no lo sean exclusivamente, se recargan los nervios, porque ellos llevan todo el peso de aquel trabajo y se recargan siempre que la operación sea continua, ó tan repetida que no dé lugar á la reposición de las fuerzas perdidas. Recargados los nervios, ó casi recargados, se fatigan al fin por cualquiera impresión. De ahí los temperamentos vulgarmente llamados impresionables, y que no son sino organismos que tienen recargados los órganos sensitivos.

Dos son las funestas consecuencias de estos recargos en cuanto á la parte exclusivamente física. Las de carácter social son múltiples y no menos dolorosas que aquéllas.

Así como todo organismo se resiente de los defectos ó desperfectos de un órgano, así también la sociedad, que es un organismo compuesto de hombres y en el cual éstos en grupos y aislados desempeñan las funciones de cerebro, nervios, estómago, músculos etc., se resiente de los defectos de un hombre si por su situación tiene influencia sobre varios, ó de varios si por el desempeño de sus profesiones hacen mover algunas de las ruedas sociales. De manera que un órgano lesionado envía á todo el organismo consecuencias de sus desperfectos, y uno ó varios hombres lesionados hacen lo mismo con respecto al organismo social.

Así pues, si hay personas desgraciadas por su temperamento, por el trabajo que están sometidas, por la escasez de medios de vida, por falta de salud, de educación ó de otra cualquiera consecuencia de la imperfección social, se traduce en desarreglos é impresiones *inarmónicas* para todo el organismo social en general y en particular para aquellas personas que están más en contacto con los lesionados.

He dicho que dos eran las consecuencias físicas de todo organismo que ten

recargados los órganos sensitivos y estos gastos ó recargos se traducen en desarreglos para el corazón y para el cerebro. En uno y otro, aquéllos acumulan tal trabajo, que al fin se lesionan también.

En una impresión fuerte, no precisamente por su fortaleza, sino por la debilidad de los órganos que la transmiten, toda la sangre afluye al corazón y éste no puede enviarla de nuevo á las extremidades con regularidad, por mucha que sea su potencia.

El líquido sanguíneo se acumula en el corazón, esta acumulación y el trabajo que representa lesionan el órgano. Cualquiera habrá podido notar en su propia persona los esfuerzos que hace el corazón para hacer circular la sangre que se le ha acumulado á consecuencia de una impresión fuerte de los nervios.

Si esta operación se repite á menudo, es decir, si el medio que rodea á la persona la repite, el corazón se cansa, se recarga y viene lo que se llama afecciones cardíacas, como viene la locura de todo recargo cerebral.

Pero ya he dicho que entre un órgano y otro existe perfecta relación y á uno no puede serle indiferente los males ó los desarreglos que otro padece, no ya por el altruismo que se observa en los caracteres superiores, ni por aquella simpatía irresistible de los neuróticos; sino por la misión de cada uno en el desempeño de la vida, á la que todos han de concurrir con regularidad si la máquina humana ha de funcionar bien.

Ya hemos visto como los nervios recargados recargan el corazón. Ahora veremos como recargan el cerebro encontrando la explicación del por qué todo desarreglo nervioso es un principio de locura.

Una impresión transmitida por los órganos sensitivos llegan al órgano motor, al cerebro y representa un gasto de fuerza cerebral tan importante como el que representa al mismo trabajo exclusivamente intelectual.

Si las impresiones se repiten viene el cansancio.

Un órgano gastado, no sólo es incapaz para el trabajo, sino que, obedeciendo á su propio cansancio, tiende á transmitir la operación á otros órganos. El hombre hace lo mismo dentro de la sociedad. Así se explica como los nervios á fuerza de hacer trabajar al corazón lo recargan y fatigan el cerebro á fuerza de enviarle impresiones que, en el mismo ambiente no reciben el corazón ni el cerebro de un organismo equilibrado. Y así como las afecciones cardíacas son el resultado de un exceso de trabajo del corazón, así también las enfermedades mentales son consecuencias de esfuerzos cerebrales, que exigen los órganos sensitivos por su impresionabilidad.

Ahora bien: ¿no son los sufrimientos morales la única causa del recargo de los órganos sensitivos? ¿No son las enfermedades morales hijas del sufrimiento? ¿No es el sufrimiento una consecuencia de la mala organización social?

Qué contestan los enemigos del socialismo.

La sociedad, pues, que es causa del recargo de los órganos sensitivos, lo es también de todos los males que padece el corazón y el cerebro á consecuencia de aquel recargo.

DOCTOR BOUDÍN

NACIMIENTO DE LOS INSECTOS

Todo insecto, como otro animal cualquiera, proviene de una simiente, que le contenía en pequeño. Esta simiente se ve desde luego encerrada de una doble ó simple cascarita ú ollejo, que se abre, cuando aquella pequeñez llegó á ser bastante fuerte para romperla. Si la rompe cuando nace, y sale á la luz todo formado y semejante á su madre, toma ésta el nombre de vivípara; de esta especie son las cucarachas y pulgones de muchas plantas. Cuando la madre dá á luz á sus hijuelos encerrados en una cáscara dura, á lo que llamamos poner un huevo en el que deben permanecer algún tiempo después de puesto, recibe la madre el nombre de ovípara.

En las especies vivíparas es suave y delicada la cubierta de la simiente; porque estando siempre el fruto resguardado dentro de su madre, no necesita de más fuerte defensa. En las especies ovíparas, la envoltura ó cáscara delicada del huevo, antes que la madre lo ponga, queda hecha una cáscara dura y sólida para poder resistir la pesadez y á las injurias del aire que circula sobre el huevo, como sobre una bóveda, sin ofender al pequeño fruto que encierra.

Examinemos ahora lo que contiene el huevo. Cuando la hembra, no ha tenido en su compañía el macho, no se halla en el huevo sino una sustancia estéril, que se seca y evapora poco después que se pone. El macho es, pues, quien dá al huevo su fecundidad y entonces el alimento delicado, que encierra la cáscara, se comunica al hijito. Este empieza á vivir, y, al abrigo de la cáscara en que vive, se nutre tranquilamente del mismo fluido en que nada. Su cuerpo se va aumentando y sintiéndose finalmente alojado en casa demasiado estrecha, la rompe, y, por la sabia precaución de su madre, se encuentra en paraje donde encuentra ya nutrimento más fuerte, cual conviene al nuevo estado que tiene.

Al salir del huevo uno de estos insectos tienen su forma perfecta, la que no perderá mientras viva; tales son las limazas, ó caracoles, que salen del huevo con su casa á cuestas; estos conservarán siempre la misma figura y la misma casa, y sólo si llegan á crecer mucho, le añadirán á su concha algunos cercos. Tales son, también, las arañas, que al salir del huevo se ven totalmente formadas y nunca mudan sino de pellejo y de tamaño; pero la mayor parte de los otros insectos pasan por estados del todo diferentes, y toman sucesivamente la figura de dos ó de tres animales, que no tienen semejanza alguna entre sí.

En efecto, algunos insectos, al salir cada uno de su huevo, no son otra cosa que gusanos, sin pies unos y otros con ellos. Los que carecen de pies, están al cargo de sus padres y madres, que toman sobre sí el cuidado de llevarlos á algún paraje donde encuentren nutrimento y puedan vivir cómodamente. Los que tienen pies van por sí mismos á buscar el sustento en las hojas del árbol que les conviene, por decirlo así, á su complexión, y este árbol es puntualmente donde los ponen sus madres. En poco tiempo crecen y se engruesan notablemente. Muchos se desnudan de aquel vestido con que nacieron, y se remozan, apareciendo cinco ó seis veces con un pellejo del todo nuevo.

Todos estos insectos pasan por el estado medio que es el de ninfas ó crisálidas; nombres que expresan, con corta diferencia, una misma cosa, pero que necesitan explicación.

Pasado algún tiempo, desde que los gusanos empezaron á vivir, cesan de comer, se encierran en un sepulcro sumamente pequeño, que es diverso, según son diversas las especies, pero en cada una de ellas es una también la fábrica del sepulcro. Aquí es donde debajo de una cubierta, que preserva de todo insulto la extrema delicadeza del gusano, adquiere una nueva concepción y un nuevo nacimiento. Entonces se le dá el nombre de ninfa, porque en este estado toma el insecto los más bellos atavíos y arreos, y la última forma en que debe aparecer en adelante para multiplicar su especie por medio de la generación. Se le dá el nombre de crisálida, de aurelia ó de ninfa dorada, porque la pielecilla, más ó menos dura, de que se halla vestido, toma ciertas especies de color, tan brillante como el oro. Llámase así mismo cáscara ó haba, porque entonces el insecto está envuelto en un pellejo, por lo común bastante duro, y semejante á la cáscara de un huevo ó al ollejo de una haba. La cáscara donde se encierra el gusano de seda se llama capullo.

El cuarto y último estado de los insectos, ó, mejor dicho, su grande y última metamorfosis que les sucede, es cuando saliendo de su sepulcro, pasan á ser insectos volantes, hieren y rasgan las envolturas y encierros que los detienen, hacen salir los penachos de que se adorna su cabeza, despliegan sus pintadas alas, revolotean espiralmente, liban las flores, se posan en imperceptibles tallos, y andan como ebrias de gozo como si no acertaran á darse cuenta de su resurrección prodigiosa.

P. CASABÓ.

CUENTOS DE AMOR

III

Cinco días que navegaban; de noche, bajo un cielo estrellado; de día, sobre plateada superficie.

El sol enviaba bocanadas de fuego, la luna abundante luz, las aguas blanquísima espuma, las nubes fresca brisa. Amanecía un hermoso día de Mayo, con mar serena, con cielo limpio, con viento á popa.

«Josefina» cruzaba veloz el inmenso océano, dejando atrás infinidad de embarcaciones menores que, con sus blancas velas parecían manadas de gaviotas.

La noche anterior había habido fiesta á bordo. Se quiso celebrar la feliz llegada á Cabo Verde, primera jornada del viaje.

La baronesa de Bornes, una ilustre viajera muy metida en el gran mundo y muy amante de los torneos de salón, había adornado el de «Josefina», y todo el pasaje de primera se hacía lenguas del buen gusto con que desempeñó su cometido. Mandáronse los criados á comprar todas las flores que hubiese en la isla africana, y el capitán, hombre mujeriego de suyo, había dado las mayores facilidades para que la fiesta resultara. Todo el mundo, tripulación inclusive, se puso á las órdenes de la señora Baronesa.

El salón presentaba un aspecto brillantísimo con la deslumbradora perspectiva que formaban ricos tapices, jarrones chinos, flores multicolores, maderas doradas, sillas de terciopelo. A las doce de la noche aquello parecía un cacho de cielo.

Ya al final de la fiesta, cuando el alegre *champagne*, y el noble Borgoña, habían salpicado más de un frac, y más de dos faldas de seda, en un corro de señoras se murmuró de Luisa, y más allá, un joven con semblante descompuesto rodeado de algunos caballeros de posturas no muy edificantes, juraba y perjuraba que antes de llegar á Buenos Aires había de rendir á la esquivia.

Y todo porque Luisa, joven de belleza sin igual, no se mostraba solícita al trato de la señora Baronesa, y contestaba con no disimulada descortesía á las impertinencias de Federico, calavera disipado por el vicio que llevaba el registro de sus conquistas.

La joven objeto de censura tan despiadada, habíase retirado á su camarote sin dignarse asistir á la fiesta y sin admirar el buen gusto de la directora. Esto era sencillamente una grosería al sentir de tan pulcros caballeros y de señoras tan bien educadas. La juventud masculina disculpaba á Luisa diciendo que no había de hacerse caso de una escéptica, pero la femenina sacaba á relucir actos que, á su entender, demostraban que la criticada sentía aficiones ordinarias y plebeyas.

Luisa al día siguiente á la fiesta se levantó, como de costumbre, antes que el sol asomara por Oriente. El salón parecía jardín entregado á la devastación de cuatro niños mimados; además, á la legua olía á vino. La hermosa joven cruzó ligera; apenas si su diminuto y elegante pie pisó las alfombras.

El rostro blanco como el nácar, los ojos negros y rasgados, la boca pequeñísima, compuesta de dos labios un poco abultados y rojos, señal de sana voluptuosidad, las caderas salientes, el talle esbelto, el cuerpo flexible y mórbido dábanle un conjunto encantador. Verla y no amarla era ofender, más que á la especie, á la naturaleza.

Al llegar sobre cubierta, su abultado pecho se contrajo, dilató los pulmones y abundante oxígeno se precipitó en ellos. El pasaje dormía; la tripulación lavaba la cubierta.

—Ya está aquí ella, dijo un viejo marinero á un grumete guiñando el ojo.

La primera mirada de Luisa fué para proa. ¿Había entre los viajeros de tercera algún alma capaz de conmover la suya? No hay cuerpo sin cuerpo, no hay espíritu sin espíritu, no hay corazón sin amor.

Luisa miró al mar por estribor, hizo otro tanto por babor y se situó cerca del sitio destinado á los viajeros de tercera.

No muy lejos había un joven de sin igual hermosura. Su frente blanca y elevada hacía resaltar la negrura de finas y pobladas cejas, unas cejas unidas y horizontales que denotaban voluntad de hierro. Abundantes rizos coronaban aquella frente espaciosa, y el color sonrosado de sus mejillas y la frescura de sus labios entreabiertos, denotaban una naturaleza virgen. Sedosa barba negra venía á completar el cuadro de una belleza digna de figurar al lado de S. Sebastián de Guido Reni.

—Mañana sublime, señorita. Hoy se ha levantado algo más tarde.

Esta indirecta censura lejos de ofender á Luisa; dióle el valor que tenía en quien la pronunciaba.

—Vengo dispuesta á pedirle á V. un favor que no puedo suplicarle sin explicar antes algo de mi vida.

—Cosa que me será sumamente interesante. Para mi gratisimo lo que V. pida.

—Gracias D. Fernando. El favor que quiero suplicarle es que no me trate de señorita, que no lo soy. Antes de que se sorprenda permítame le aclarar lo que para V. será un enigma. A los dieciseis años me casaron con un viejo Marqués, de sesenta. Mi madre ponderóme el lujo y las comodidades que obtendría con mi nuevo estado, el autor de mis días llegó hasta la amenaza. Mi corazón era libre, no amaba aún, sin embargo, presentía una dicha que no había de encontrar en quien podía ser mi abuelo y, resistí. Pero desamparada, mártir del egoísmo paternal, hube de sucumbir. Las leyes no amparan á esta clase de víctimas ni castigan á aquella clase de verdugos. Me casé con el marqués de Renifayó, no sin antes que mis padres le obligaran á que me hiciera donación de todos sus bienes que son cuantiosos. A los dos años me hallé viuda y marquesa. Cuatro que viajé para encontrar un hombre. Ya ve V. pues, como, á pesar de no estar casada y de mis veintidós años, he perdido mis condiciones de señorita.

Y al decir esto los ojos de Luisa, interrogaban á los de Fernando y advertían que su semblante, antes tan risueño, había adquirido señales inequívocas de tristeza.

—Agradezco mucho el honor que me ha dispensado contándome lo más interesante de su vida y quiero corresponder á la confianza de V. explicándole la mía excesivamente prosáica.

Soy un artista de los llamados modernistas, pero no de la escuela simbolista ni decadente. Adoro á la naturaleza y la considero una maestra sapientísima y en extremo bondadosa. Por amarla, amo la mujer, amo la vida y soy esclavo del amor, un amor mío, exclusivamente mío, que sólo yo siento.

He pretendido llevarlo al teatro sin poder lograr que empresario alguno admitiese mi trabajo. Unos rehusan mi radicalismo, otros mi inmoralidad. Yo soy la virtud. He sufrido días sin pan y sin hogar y encima de tantas desdichas han caído infinidad de humillaciones. Perdida la confianza, quebrantada la voluntad casi, me dirijo á la América en busca de mejor suerte ó de menos ignorancia.

Fernando hablaba de tal manera que por cada palabra dejaba mil ideas en el cerebro de su joven oyente é haciéndole sentir infinidad de desconocidas emociones.

—Reparo que no me habla de amoríos. ¿Es que quiere ocultármelos? ¿No ha sentido V. un poquito de amor?

—No señora, no lo he sentido; pero ya que V. ha sido tan franca conmigo le explicaré un fenómeno que observo en mí. Lágrimas despiden mis ojos cuando veo á dos amantes, cuando leo amores, cuando creo á mis personajes dichosos de amor, cuando imagino una vida de besos y de abrazos que no pueden encontrar los míos. Entonces me pongo triste, me abandono y daría la vida por cualquier cosa. Creo á todo el mundo más indigno que yo y más feliz que yo. Aspiraría el perfume de todas las flores, reclinaría mi cabeza sobre todos los senos, abrazaría todos los talles. A veces me dan ganas de gritar en medio de la calle: ¿No hay una mujer que me ame? ¿No hay una joven que me bese?

¿Es esto un amor innato á todas las mujeres en general? ¿Es exuberancia de vida? ¿Lo es de sentimiento? ¿Es que no he podido encontrar un ideal que llene todo mi sér? Ignoro lo que quiere mi corazón y por lo tanto no puedo contestar á estas preguntas. Por lo demás á nadie he amado.

Dijo este último con tal tristeza y con tan poca malicia que Luisa hubo de decirle:

—D. Fernando, V. me oculta algo. ¿Por qué no es franco conmigo? Me ha contado su vida de V., pero me lo ha contado sin entusiasmo y sin voluntad. Otros días ha estado más amable y más expresivo conmigo. ¿No gusta de hablar con una viuda? Indudable que me ama. Ayer me dirigió palabras amorosas; hoy sólo cortesías ha tenido para mí ¿Por qué no me dirige frases de amor?

—Con qué objeto señora? Puedo ser yo el hombre que V. busca; no lo niego. Puede V. ser mi ideal; pero nuestras almas no pueden unirse.

—Si se perdiera por la suya...

—Quién sabe.

La palidez de Luisa no dejó concluir la frase á Fernando. La marquesa se retiró sin mirarle siquiera; con ademán majestuoso, airada; con la ira altiva de una diosa.

Al día siguiente no subió á cubierta, al otro tampoco. Fernando sentía una horrible necesidad de hablar con ella, pero ¿cómo? Tenía unas cuantas pesetas; las únicas con que contaba para tomar tierra en un país desconocido, sin amigos y sin otros medios de vida que unos cuantos despreciados manuscritos. Llamó al sobrestante de á bordo y mediante un reloj de bolsillo y 125 pesetas pudo pasar á primera. Ya allí, se enteró que Luisa no salía del camarote, que había estado algo enferma y que diariamente la visitaba un señorito llamado Federico de no muy sólida reputación. Esperaré—dijo y mataba las horas frente al cuarto de la joven viuda.

El pasaje empezó á burlarse de Fernando. Se le había visto en tercera y hablando con Luisa y se suponía que su presencia allí no tenía otro móvil que hablar con la joven. Sólo Federico le dirigía palabras, pero de intenciones poco correctas.

El joven calavera no se recataba de decir que antes de llegar á Buenos Aires se presentaría al salón del brazo de la encantadora Luisa.

A la vista de Río Janeiro, una comisión de señoras presidida por la baronesa de Bornes, visitó á la marquesa de Benifayó enterándola de que, para celebrar el feliz resultado de la segunda jornada del viaje, pensaban organizar otra fiesta para la cual el capitán había ofrecido su concurso personal. No se trataba de bailes ni de bebidas ya que á Luisa no le gustaban. Deseaban complacerla. Se trataba de una broma inocente que se quería dar á dos enamorados de la marquesa, que había á bordo. Luisa ignoraba que Fernando viajase en primera y aunque sólo conocía á Federico como enamorado de su persona, supuso que algún viajero había sido herido por sus grandes ojos negros. Tratábase de un asunto en el que intervenía el capitán y no quiso disgustarle, mucho menos sospechando, como sospechaba, que por aquel medio podía verse libre del fastidioso Federico.

Anclado el barco en la capital del Brasil, Fernando recibió invitación para asistir á una fiesta que las señoras dedicaban al sexo masculino. Esperando ver á Luisa prometió asistir y á la hora fijada presentóse al salón vestido con lo mejorcito que tenía. Si no se hubiese mostrado tan indiferente á la miradas que más de una beldad le había dirigido, quizá Fernando no hubiese sido víctima de lo que se preparaba más en contra suya que de Federico. Su indiferencia allí molestaba y quería echársele.

Iba á dar principio la fiesta y Luisa no se había presentado aún. La baronesa propuso que fueran á recibirla Federico y Fernando. Este sospechó algo, pero queriendo llegar hasta el fin y dándosele ocasión de hablar con Luisa, aceptó la comisión que se le confiaba. Fueron á desempeñarla los designados.

Con sorpresa, pero con sorpresa agradable vió Luisa á Fernando. ¿Por qué viaja en primera? se había preguntado. Por mí se contestó. Luego quiere disculparse de su despropósito y en este caso quizá sus palabras encerraban sentimientos delicados. Y enseguida, temiendo que se burlaran de su amado, presentóse al salón dispuesta á evitarlo. Aún no se había sentado cuando apareció el capitán con un pliego de papel que iba dirigido á la señora marquesa, recibido en aquel momento.

Toda la sangre de Luisa afluyó en su corazón y mortal palidéz cubrió su rostro. Los concurrentes á la fiesta, incluso el capitán, dijeron para sí que representaba el papel á las mil maravillas. Prévía venía de la joven marquesa, se dió lectura al escrito viniéndose en conocimiento que la joven había perdido toda su fortuna. Así pensaron matar el amor del aristócrata y el del modernista aquellas cabezas llenas de ideas mezquinas.

En ambos se fijaron todas las miradas y se pudo observar que el rostro de Fernando adquirió una expresión de alegría infantil, mientras que el de Federico por el contrario, tornose siniestro. Luisa manifestó deseos de retirarse y Fernando, sin indicación de nadie acompañóla hasta el camarote. En él que estuvieron, habló de esta manera:

—Luisa querida, ahora eres pobre; jamás podrás sospechar que el amor que por tí siento lo haya inspirado tu fortuna. Ni tú hubieras podido ser feliz con esta idea, ni lo hubiera podido ser yo. Sobre tu inteligencia, tu bondad y tu hermosura hubiera caído el desgraciado peso de la riqueza.

¿Adora mi persona ó mis caudales? Esta hubiera sido la eterna duda. Por otra parte, yo no podía ser dichoso si me hubiera podido creer capaz de vender mi más puro sentimiento.

La riqueza era el único obstáculo que se oponía á la unión de nuestras almas.

Pobre como yo Luisa, si me quieres soy tuyo. Es tu persona lo que quiero; sólo esta convicción puede hacerte feliz, sólo ella puede hacérmelo.

Luisa escuchó embelesada y radiante de alegría. Con un hombre como aquel, había soñado. Así de noble y hermoso.

A palabras tan elevadas contestó de esta singular manera, no sin antes besarle, vanguardia de palabras amorosas é inmensamente agradables.

—Acepto, pero con la condición de que no has de separarte de mí en toda la noche ni salir del camarote hasta que yo te lo diga.

Condiciones como estas las acepta todo enamorado y alguno puede haber que esté enojado por no haberlas oído.

A la mañana siguiente los viajeros, invitados por Luisa, estaban reunidos en el salón oyendo de labios tan armoniosos que la broma no era tal broma, sino cosa cierta y muy cierta. Que su malestar no era fingido sino real, á causa del disgusto que había sufrido como lo demostraba el hecho de haber tenido necesidad de retirarse y que ya entre la clase humilde había resuelto casarse con Fernando.

Ante argumentos tan contundentes como aquellos y sobre el último, nadie dudó que la Marquesa había sufrido un percance, y la de Bornes murmuró por lo bajo que quien nace entre el populacho á él vuelve.

Cuando Luisa se hubo retirado mucho más contenta que de costumbre, Federico exclamó:

—¡Señores! Les participo que he estado á punto de casarme.

¿Con quién? preguntaron los demás.

—Con los millones de la marquesa de Benifayó.

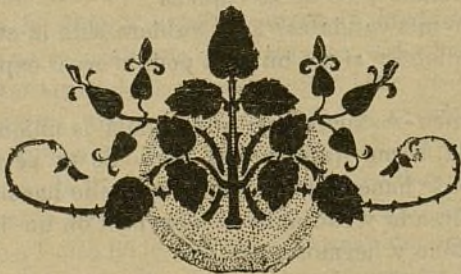
Carcajada general acogió gracia tan despreocupada.

Fernando casándose con una pobre se creía dichoso y estaba más satisfecho de sí mismo. Diferencia de dos educaciones, ó de dos clases.

Para Luisa y Fernando, de Río Janeiro á Buenos Aires de noche se veían más estrellas, de día más limpia la superficie del mar, el sol enviaba mayores bocanadas de fuego, la luna luz más abundante, las olas arrojaban espuma mucho más blanca y las nubes brisa más fresca y pura.

Es el amor que lo purifica todo y todo lo embelleze. Más perfecto es el hombre que más hondo y grande lo siente. El amor funde las almas y separa de ellas las sustancias impuras. Amemos.

UN TRIMARDIEUR.





SECCIÓN LIBRE

POR ZOLA

Francia es un Estado que se rige por la república teocrática de Faure, como pudiera regirse por la monarquía democrática de un Napoleón.

Vino aquel régimen después de una gran derrota, no después de una gran revolución. Se cimentó sobre la sangre de 36.000 comunistas, no sobre la de 36.000 reaccionarios. ¿Qué puede esperarse de esta república?

Gran hombre llama á Thiers ¿cómo ha de llamar á Zola?

No es eso aún lo más grave del caso. Lo es que los comunistas sobrevivientes á la hecatombe, adoradores de Rochefort más que de la libertad ó tanto como de la libertad, por creer que el director de *L'Intransigeant* la representa, como si los hombres pudieran representar otra cosa que sus defectos ó sus cualidades, hacen el juego á los elementos que un día fueron sus verdugos y se lo hacen por seguir á un hombre, que si no entrega su cabeza por dinero, entrega su corazón por halagos y su brazo por vanidad.

El jesuitismo, por medio del farsante Drumont, se apodera de Rochefort y le obliga á castrar la revolución. Pero ésta inutilizará la cabeza que Thiers envió á Caledonia y la inutilizará, sino por traidora, por vanidosa y ligera.

Hombres que tengan en más su orgullo y su persona que las ideas que dicen sustentar, son un peligro para las ideas mismas.

Seres capaces de guardar tanto odio por antiguas contiendas periodísticas, debió llevarlos á la revolución el odio ó alguna cosa también, no la defensa de ideales generosos.

La reacción francesa, oculta bajo el patriotismo embrutecedor é inmoral, libre combate contra la revolución, y como Francia es el cerebro de las sociedades contemporáneas, lo que allí pasa repercute en las extremidades del organismo social. No pueden mostrarse indiferentes á la lid los radicales del mundo entero y no se muestran. Es preciso luchar en favor de Zola; con él está la justicia. Al lado del autor de *París* se encuentran las eminencias de todo el mundo y los proletarios intelectualizados. Hombres como Zola honran á la nación que pertenecen y á las ideas que sustentan.

Envueltos en el error, merecen respeto; en la duda, atención; en la verdad, el cariño de todos los países cultos.

El radicalismo de este gobierno francés, que para poder ser gobierno tiró al

agua lo más sustancioso de su programa, se ha hundido en el fango patriotero de los jesuitizados, unos sin saberlo, sabiéndolo otros.

Zola condenado por defender á un reo, que *puede* ser inocente, es algo así como una maza que cae sobre el cerebro del mundo.

Tejémosle coronas de laurel y alcémosle en nuestro corazón el altar que los buenos alzan á los justos.

U.

EVOLUCIONES

Muchas veces se me había ocurrido y lo guardé para mejor ocasión. Esta ha llegado. He aquí lo que era objeto de mis dudas.

¿Qué relación existe entre el vestido y la civilización?

Indudable. Los primeros hombres iban desnudos y yo alabo el gusto si realmente la desnudez era de él efecto. Pero ¿por qué cubrieron después de mallas sus cuerpos? Porque tuvieron necesidad de resguardarlos de las piedras, palos, flechas, lanzas y balas de sus enemigos. Luego, no inventó el vestido la doncella pudibunda, ni la madre cuidadosa del honor de su hija. Inventólo el guerrero, el más impúdico de los mortales. Se construyó un castillo móvil, un arma ofensiva ó, si se quiere, una piel artificial más resistente que la natural á los cuerpos extraños. De esta manera es como la tela que cubría y cubre el cuerpo humano, guarda relación con el estado intelectual de las generaciones.

Cuanto más guerrero y más necesidad de guerrear ha tenido el hombre, con materias más consistentes ha cubrido su cuerpo. Durante muchos siglos el hierro era su primera epidermis. Para sustraerse á los rigores del sol, basta la sombra; para los del frío, basta el sol, y en su defecto el calor. No abonan otra cosa, ni la comodidad ni la higiene.

Hase visto como á medida que los pueblos dejaban la lanza por la azada, primero, y el mosquete por la lanzadera, después, cubría sus carnes de telas más ligeras y hoy apenas si nuestros vestidos sirven para otra cosa que para privarnos del benéfico influjo que sobre nosotros tienen los agentes atmosféricos. Es decir, que cuanto menos peligrosos han sido nuestros semejantes, menos hemos defendido nuestros cuerpos, no contra los rigores de la naturaleza, sino contra los de los hombres.

Así, pues, el odio hácia el enemigo y el temor á su brazo, fué la única razón del vestido y estoy por creer que cuando habremos dejado de ser adversarios, nos despojaremos de este ropaje, no sólo por inútil, también por perjudicial á la vida, á las satisfacciones y á las comodidades.

*
**

Otra cosa.

¿Por qué el obrero de hoy goza más comodidades que los reyes primitivos? En principio, porque no habiendo camas habían de dormir al suelo, y al suelo habían de sentarse no habiendo sillas. Pero aparte de esta igualdad que reconocía por causa más la falta de industria, que la de medios de beneficiarnos de ella,

hemos de convenir en que existe una estrecha relación entre la evolución del bienestar y la del sentimiento.

La fraternidad, esa palabra que alguien considera vacía de sentido porque vacío tiene el corazón, es verdaderamente una doctrina; más que una doctrina, una necesidad de los organismos educados. Mejorar las condiciones del prójimo y la condición propia, es amor hácia nuestros semejantes y hacia nosotros mismos. Y si la idea de que algún día puede faltarnos el pan ó de que puede faltar á nuestros seres amados, no tuviera razón de ser, que lo tiene en una sociedad que hemos de vivir explotándonos unos á otros, hasta estos mismos encanallados capitalistas que tienen el corazón acorazado por el tanto por ciento, se complacerían en ser parte al bienestar de los demás, porque no se comprende la vida sin cariños. Tanto no se comprende, que todo el mundo se procura seres y objetos á quienes dar amor y vida.

El sentimiento es un tesoro interno como lo es la idea. Hanlo constituido las generaciones con sangre, penas y fatigas. Cada nuevo siglo nuevos goces y nuevos amores; amores que parten de uno mismo y llegan á los más apartados rincones del mundo, amores que se ensanchan á medida que el hombre se civiliza; goces que se multiplican como los cariños.

¿Qué es el odio? ¿Una solución? ¿Un medio? Es sencillamente un tormento.

Zola, en un momento de excitación, producida por las injusticias de que es víctima, ha podido decir que el odio es santo y que rejuvenece. Si yo hubiera hablado con el autor de «Germinal» le hubiera preguntado si le habían hecho muy feliz los motivos que tiene para odiar.

Con seguridad que hubiera contestado: me han hecho sufrir mucho. Luego el odio es una consecuencia del mal.

Indudablemente; el bienestar y el sentimiento marchan á una.

A. GALCERAN.

EL ANGLO-SAJONISMO

¿Quién será el que descubrirá el gran tónico para rehacer los pueblos enfermos, anémicos y decadentes? No existen fórmulas para construir civilizaciones á medida de la voluntad nuestra. Si la voluntad individual es una ilusión, la voluntad general ó colectiva será un mito. No sabemos cómo y por qué un pueblo se hace grande, fuerte, poderoso, con conciencia de su grandeza, fuerza y poder, ni sabemos aún cual es la epidemia ó enfermedad que descompone á una nación y la precipita á la decadencia más desastrosa. Sabemos solamente que cuando un pueblo ha hecho cosas grandes, las ha hecho porque ha tenido una fuerte impulsión expansiva ó una voluntad inteligente que lo ha conducido á la realización de algo que á veces es el ideal, á veces la ambición de la pujanza. Pero de que medios nos hemos de valer para adquirir aquella fuerza impulsiva ó aquella voluntad fija, es en lo que estamos á oscuras.

Sin embargo, si no podemos exhibir en abstracto fórmulas de embriología ó desenvolvimientos sociales, podemos en cambio fijarnos en los organismos madu-

ros y llenos de vida; é investigando los puntales de la historia llegaremos á obtener algo que nos oriente para conocer la ley del porvenir. He aquí el motivo de estos estudios sobre el Anglo-sajonismo.

I.

Origen del poderío de Inglaterra.

La destrucción de la Armada Invencible que para España sirvió solo para obtener una frase inmortal (pero mentira) de Felipe II, para Inglaterra fué una revelación: Inglaterra *aprendió* de aquel hecho que si quería ser grande, fuerte y respetada, sus hijos habían de ser buenos marinos y que el mejor escudo para su independencia era una gran armada. Aquella *revelación* indicó al pueblo inglés una aspiración que había de ser su norma en la política internacional; y en el terreno aventurero-mercantil, que así como había destruido la armada española, también había de destruir las tres hegemonías coloniales existentes en aquella época: la española, la portuguesa y la holandesa. Siendo los ingleses buenos marinos, el mar había de ser el teatro de sus conquistas, y siendo el poder comercial su objetivo, sus medios habían de ser pacíficos.

Desde Raleigh acá Inglaterra ha tenido una gran dinastía que ella califica *Empire builders* (constructores del Imperio) y estos no han sido ni príncipes ni reyes, sino marineros ú hombres de un gran espíritu emprendedor.

El fruto de tantas iniciativas salidas de la revelación aquella, la encontraremos en Trafalgar, donde Nelson hace una liquidación de las escuadras coaligadas de España y Francia. Entonces el prestigio de Inglaterra queda arraigado, después se convierte en la *bête noire* de Napoleón. Francia, nación de gran fuerza expansiva *dentro del continente europeo*, celosa ve el esparcimiento del pueblo inglés en las otras partes del mundo.

Inglaterra, á últimos del siglo pasado, sabía colonizar, pero no sabía gobernar las colonias que fundaba, y la guerra de la independencia de los Estados Unidos fué para ella otra *revelación*. El mal gobierno é ignorancia de Jorge III llevó el problema colonial inglés á una situación semejante á la creada en el imperio colonial español por la terquedad de la Restauración. Inglaterra reconoce la independencia al Norte-América, y desde entonces su sistema colonial se basa sobre el *self-governement*.

Inglaterra tiene el poder de aprender en sus victorias y en las de sus enemigos.

Si oficialmente la expansión colonial, una marina fuerte y el *self-governement* en las colonias eran las formas exteriores de su poderío, Inglaterra encontró otra revelación en la economía política de Adam Smith. La libertad comercial fué el meollo que alimentó su poder y extensión. Mientras las otras naciones se cierran dentro un proteccionismo bárbaro, Inglaterra, confiando en la fuerza y constancia de carácter de sus hijos envía sus productos á todos los puestos y países del mundo.

II.

El imperialismo británico.

Bajo el punto de vista de la moral nacional, el Imperio inglés tiene por consecuencia el aumento del orgullo metropolitano y el recelo y la antipatía étnicos hacia los pueblos que envidian la expansión de Inglaterra. Dentro del campo de la

política interior produce dos tendencias. El partido conservador, con Disraeli por porta-voz, afirmó la voluntad de Inglaterra en conservar un imperio que renueva el poderío del de Roma y del de Alejandro. El partido liberal renegó de tal imperialismo y quería la independencia de las colonias. Los primeros califican á los segundos de *little Eglanders*, y á los ojos de un *tory* clásico la independencia absoluta colonial, es una heregía de *lesa englandisme* (1).

A Disraeli se debe el título de *emperatriz* que siempre más se ha dado á la reina Victoria, y ella está tan celosa de ese título que jamás ha perdonado á Gladstone su *little Englandism* (su *pequeño inglesismo*), aún al morir el *great old man* (gran viejo hombre.)

Gladstone decía que la realeza de Inglaterra bastaba para hacerse respetar en todas partes y que no necesitaba el aditamento del imperio colonial.

De hecho las colonias son independientes, pues tienen *home rule*, completo y el único lazo de unión á la metrópoli, es la corona.

Los liberales reprochaban á los conservadores é imperialistas, que la manía imperialista obligaba á Inglaterra á tener una marina grande y costosa para defender las colonias en caso de que cualquiera otra nación quisiera atentar á su independencia.

De hecho, así ha quedado el problema del engrandecimiento colonial de Inglaterra, hasta que la influencia poderosa de Gladstone ha obrado una especie de *contôle* ó vigilancia continua sobre la política y la vida constitucional de su país. Pero Gladstone ha muerto en el momento que por todas partes aparecen enemigos y rivales del poder de Inglaterra.

(Continuará.)

JAIME BROSSA.

(1) Equivale á patriotismo inglés. (Nota de la traductora.)





TRIBUNA DEL OBRERO

À LA REVISTA BLANCA

Tú has llenado el gran vacío que faltaba llenar en el mundo de las letras españolas.

Tres cuadernos son los que llevo leídos de tu publicación; tres joyas para mí inapreciables, tanto es el valor de las tres prendas cuyas luzco con inefable gozo ante el mundo de la ciencia.

Sí, «Revista Blanca»; tu nombre sólo garantiza la bondad de tus ideales, tus escritos certifican el valor de la justicia. ¿Te respetarán?

Cuando el hombre pensador de buena voluntad te coja en sus manos, no podrá menos de bendecir el tiempo que empleó en la distribución de su semilla, porque verá en tí fruto de sus primeros *surcos* regados con la sangre preciosa del verdadero pueblo soberano. No desmayemos, será su natural reflexión y seguirá trabajando en provecho de la generalidad humana.

El Dr. Boudín lo ha dicho en una de tus páginas: no creía á España digna de una Revista como tú, ó, lo que es lo mismo, no creía una Revista de tu índole digna de España. Tan mal concepto tenía el gran sabio de lo que significa este pueblo desgraciado.

Hay que determinar, sin embargo, y esto lo habrá comprendido el mundo ó parte del mundo que entró ha ya tiempo en el verdadero concierto de la civilización verdadera; que el pueblo español, como los demás pueblos de ambos mundos, sus entes pensantes, es decir, el proletariado que sabe discernir, no se va con la bola de nieve que rueda á impulso del montón anónimo.

El Proletario español, como el obrero francés, inglés, ruso, etc., sabe de sobras que no tiene patrimonio, y su dicha consiste solamente en la realización de su bello ideal; por eso como puede y ayudado por sus lazos cosmopolisolidarios anda siempre á caza de la inteligencia, para cuyo efecto busca en todo caso el gran edificio donde se refugian los hombres científicos.

Es injusto cuanto se diga ó se crea en contrario.

Tu lo probarás, sino, *Revista Blanca*, Tú, que con tu ascendiente darás abono al terreno que puede ser fértil en ideales generosos, sabrás dar vida y ardor á

El amo apenas se enteró de este accidente sin importancia. El pescado, claro está, seguía cogiendo como de costumbre; su enorme caja de caudales, continuaba encerrando en su egoísta estómago de hierro, apretados fajos de billetes de banco, producto del sudor de tantos infelices, cuyos cajones, abrianse solo para la orgía y el vilipendio. ¡No había pasado nada! mientras tanto, la mujer del pobre lisiado gastaba el último céntimo de unos pocos que proporcionó la venta del pobrísimo ajuar.

Se halló completamente necesitada; el enfermo seguía grave; y nada había á que echar mano, para ayudarle á salir de tan aflictivo estado.

Decidió implorar caridad, á aquel para quien tanto trabajó su pobre esposo, la socorrería ¿cómo no?, ¡había trabajado mucho...! ¡Treinta y dos años...! ¡Era mucho! su marido así lo creía también; habíale demostrado aprecio en los años que á su servicio estuvo...

Una noche, después de facilitar un ligero caldo al enfermo, encaminó sus pasos á la morada de aquel que tanto sudor había á su marido arrebatado; pronto se halló frente á un suntuoso edificio, que por lo majestuoso y elegante, indicaba la clase de la sociedad á que pertenecía quien lo habitara.

La opulencia se adivinaba á través de aquellos visillos guarnecidos de fino y riquísimo encaje; las estrechas rendijas de sus fantásticas persianas, dejaban entrever que solo el placer reinaba en el interior; penetró en el portal, y por un momento quedó contemplando la grandiosa ornamentación de sus laterales y techo, raso. ¡Pensó retroceder! al ver como la imagen de su macilento rostro se dibujaba en aquellas lunas de Venecia que adornaban los ángulos; al contemplar su haraposa indumentaria por la transparencia y brillantez del pavimento, sintió en su desfallecido cuerpo, el escalofrío de lo infinito; creyó que su miserable presencia, profanaba descaradamente tal conjunto de belleza; pero temiendo fuera necesaria al enfermo, subió resueltamente la escalera, y acercándose á la puerta de una habitación, impulsó ligeramente un botoncito níquelado, que hizo vibrar en el interior el metálico sonido de un timbre eléctrico.

No sin gran dificultad consiguió hallarse en presencia de quien se proponía, y de cuya visita esperaba resultados halagüeños.

Un manantial de brillantes y purpúreas lágrimas; ayes dolorosos salidos cálidos de lo más profundo del alma; lamentos desgarradores de esos que destrazan el corazón que lo lanza, todo fué poco á conmover aquella roca marítima, aquel lobo anfibio, aquel hombre insensible á toda desgracia.

De edad avanzada, estatura regular, barrigudo hasta la obesidad, de figura más que antipática, repugnante, undido en cómoda butaca, vió correr aquel mundo de lágrimas con la indiferencia que la dura roca presencia cómo las encrespadas olas del anchuroso mar se confunden unas con otras en artístico tropel; escuchó aquellos lamentos con la misma pasividad que el desierto oye la voz del caminante que asfixiado por la sed, pide agua, y sin dirigir siquiera un consuelo á aquella pobre mujer, depositó en su enflaquecida mano, la fabulosa cantidad de... ¡dos pesetas! para remediar al enfermo.

Abandonó velozmente la estancia, como si necesitara aire más puro que respirar; le ahogaba aquella atmósfera viciada; como el rayo de sol que penetra en la habitación anuncia el día, así aquella miserable acción, iluminó instantáneamente aquel cerebro obscuro, cuyas negras sombras, no la permitieron ver hasta enton-

ees, esas enormes corazas con que forran sus conciencias, los poseedores del capital. El desencanto del enfermo también fué grande; entregado siempre á la dura faena, falto de ilustración, noble y sencillo, era también extremadamente cándido y no conocía la existencia de seres tan desprovistos de sentimientos humanitarios.

Desvanecida con tan terrible desengaño la única esperanza que abrigaban, su situación tomó un caracter extremadamente desesperado.

II.

Falto el enfermo de todo cuidado material, por la falta total de recursos, toda esperanza de salvarle se había disipado.

Conocedor de tal situación Fernando, niño de trece años, hijo único de tan desventurado matrimonio, espone á estos una idea con la irrevocable resolución de llevarla á la práctica.

Nuevas lágrimas inundan el rostro de aquella pobre madre, cuya empresa temeraria acometida por su pobre hijo, la colocaba en el puro trance de perderle también, pues conocía su mucha gravedad; pero ni aquellas lágrimas, ni lo obstinadamente que el enfermo se opuso, hicieron desistir á aquel pequeño héroe de sus propósitos. Y no se hizo esperar, despidióse aquel mismo día de su maestro y de sus camaradas de colegio, y al siguiente causaba la admiración de los viejos pescadores del pueblo, al verle internarse mar adentro, sólo, con un viejísimo bote, resquebrajados y pesados remos, y agujereada red, en busca de un puñado de pesca, cuya venta proporcionara los tan necesarios medicamentos para su pobre padre.

Arranque grandioso, gigantesco, que vino á endulzar primeramente tan amarga suerte, pensamiento sublime, pero funesto, por el desastroso resultado.

Todos los días al declinar la tarde, arribaba al muelle el viejo bote, trayendo lo que aquel joven marino lograba sustraer de las entrañas del mar, tras larga y penosísima lucha, á brazo partido, con las imponentes y amenazadoras olas.

Un día, el mar estaba alborotado; los más experimentados marinos decidieron suspender sus faenas ante su arriesgado entrecejo.

Fernando que apenas entendía de esto, se dispuso á la faena diaria, sin dirigir la vista siquiera á aquel abismo insondable, cuyos rugidos atemorizaban.

Aquellos viejos marinos se apresuraron á hacerle saber lo espuesto que era hacerse á la mar, con el fuerte viento levante que soplabá, y los síntomas todos que indicaban la proximidad de un fuerte temporal, pero había salido de casa decidido, sin que las súplicas y advertencias de sus padres, que no se les ocultaba la verdad del caso, sirvieran á contenerle, y no había de retroceder ante aquellas segundas amonestaciones.

Sabía que allá lejos, donde las montañas de agua se levantaban furiosas y provocativas, desafiando orgullosas sus débiles fuerzas, hallaba él, la salud de su pobre padre, y allá iría, dispuesto á la lucha, lucha titánica, que aceptaba heroicamente, con valor enérgico, con ademanes de gladiador.

El día fué horrible, el fuerte viento convirtiéndose en furioso huracán; la atmósfera preñada de negros y parduscos nubarrones amenazaba desplomarse; las olas se golpeaban ferozmente, pugnando por salirse de su centro; ¡día fecundo en angustias para aquel niño marino! ¡día fecundo en sinsabores para aquellos desventurados padres!

La noche se disponía á completar con su manto, aquel cuadro de negras tintas; totalmente ocupado se hallaba el muelle, por la gente de pesca que esperaba ansiosa saber la suerte que hubiera corrido aquel joven pescador, cuyas simpatías eran unánimes; el afán que sentían de ver aparecer en lontananza al débil barquichuelo, era grande; ¡quizá no le verían más! ¡todos objetaban en sentido pesimista!... un murmullo general indicó su lejana aparición, veíasele unas veces, y otras no; era la brava pelea que con las olas sostenía, ora subía á infinita altura desafiando al coloso que amenazaba tragarlo, ora se hundía en profundo valle, humillación que le imponía su implacable contrario en desquite de su anterior derrota.

La noche dominó por completo; Fernando iba acercándose, pero el peligro no desaparecía; al contrario, le esperaba el mayor; la entrada y salida del muelle, se hace muy difícilísima con temporal de levante.

Estrechísima la embocadura, las barquichuelas que entran han de inundarse forzosamente por las olas, que al estrellarse en el morro, ascienden al firmamento, semejando al caer, infernal cascada; cascada que arrolla y sepulta lo que á su paso encuentra.

El momento decisivo de vida ó muerte se acercaba.

La proximidad á que se hallaba, permitía ver, aunque débilmente, aquel balanceo, siniestro á que obligaba al pequeño bote el soberbio vaivén de las olas.

Los viejos marinos le gritaban que virara á uno ú otro lado; que suspendiera la acción del remo, ó los diera el mayor impulso posible.

La proa del bote enfilaba el morro; la multitud gritaba impresionada ante la inminencia del peligro; una ola formidable impulsaba brutalmente la popa; rompió aquella, y cayendo sobre el bote, le arrolló, y haciéndole zozobrar, desapareció con Fernando entre las olas.

A una escena muda, pero cortísima de la multitud, siguió un grito tremendo, un ¡hijo mío! lanzado con acento impregnado de locura, y una mujer caía al suelo muerta, como herida por un rayo; ¡era su madre!

III.

Pocos días después se daba sepultura al pobre tío Alberto, que impresionado por tan horrible desgracia, dejó de existir en la más completa soledad.

Por duro contraste al dirigirse la comitiva fúnebre al lugar donde yacen los restos de tantas generaciones, hubo de pasar por delante de aquel suntuoso edificio antes descrito; varios criados se agitaban de un lado á otro, preparándolo todo para el banquete que aquella noche daba aquel hombre ambicioso cuyo egoísmo causó la extinción de una familia, de una familia cuyo sudor contribuyó á la adquisición de la preciosa ornamentación de los laterales y techo raso; de las lunas de Venecia que adornaban los ángulos; y de la transparencia y brillantez del pavimento.

CÁNDIDO CARANDE.



CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

A consecuencia de no habernos pasado notas que para nosotros se habían enviado á la Administración de otro periódico, rogamos á los corresponsales y á los suscriptores se entiendan directamente con esta Administración, tanto para hacer reclamaciones como para enviar el importe de las liquidaciones.

A **Rogelio Giménez**, de *La Línea*, que después de haberle servido tres paquetes de otros tantos números, ordena no se continúe mandando en vista de que hay otro corresponsal en la localidad, como si esta Administración le hubiera dicho lo contrario cuando hizo el pedido, y manifiesta no hace devolución por estar deteriorados los tres paquetes, ni los paga; hemos de decirle que por ese camino podrá llegar á ser rico, á ser honrado, no.

Gerona: E. G. Envío la suscripción al C. de F. R. Trimestre pagado. Gracias por su atención.—*Alhucemas*: B. O. Recibi trimestre suscripción.—*Aural*: A. Idem id.—*Bilbao*: J. J. Recibi 20 ptas. del Sr. Administrador de *El Enano*.—*F. de S.*: Recibi 5 ptas.—*Begoña*: F. M. Envío suscripción semestre pagado.—*Barcelona*: A. F. y P. R. Envío suscripciones pagadas.—*Tánger*: R. B. Recibo 13 ptas.; 10 por paquetes y 3 para J. S. de La Coruña. Envío los 6 números pedidos.—*Antequera*: R. O. Recibo libranza de 4 ptas. Escribí.—*Cullera*: A. C. Serví suscripción cuyo importe de un trimestre recibo de *El Motín*.—*Bilbao*: C. C. Serviré suscripción.—*Ceuta*: V. de J. M. Envío pedido y escribí.—*Barcelona*: J. V. Envío 25 del 1.º y 25 de 2.º Recibo 30 ptas.—*Sevilla*: J. P. Recibo libranza de 6 ptas.—*Sevilla*: M. E. Recibo libranza de 14 ptas. Envío paquete 1.º números y 6, 5.º.—*Algeciras*: A. D. Recibo libranza 8 ptas. que distribuyo 3 para La Revista y 5 de N. G. y O. P. de Gibraltar de solidaridad. Gracias. Remité los 19 ejemplares.—*Villanueva y Geltrú*: L. M. y M. Recibo importe de dos suscripciones. Agradezco la actividad. Escribiré.—*Gerona*: E. C. Envío los números pedidos.—*Nevra*: A. C. Idem y los de las seis suscripciones.—*La Línea*: M. C. Recibo libranza de 18 ptas. *Arenys de Mar*: A. M. Envié los ejemplares de 1.º y 2.º número pedidos.—*Cumilla*: C. G. Envío suscripción pedida. Recibi importe de un año.—*Cádiz*: A. M. Recibi libranza 13 pesetas. Como ya había salido el número envié aquéllos. Atiendo es este pedido sus ruegos.—*La Línea*: M. C. Recibo libranza de 37 pesetas que distribuyo como indica. 22 ptas. por paquetes, 2 para E. A. y 13 solidaridad. Gracias. Mando 2. Dios ante el sentido común.—*Algeciras*: A. D. Recibo libranza de 32'65 pesetas. 5'50 de Gibraltar, 2 de P. y 7'35 vuestras solidaridad. Gracias. 4'80 para La Revista y las 13 restantes para *El Progreso*. Envié números pedidos y aumento paquete. La dirección que me pide es: Alforos, 76, Barbería.—*Poboleda*: F. Ll. Recibi importe trimestre.—*Málaga*: J. R. Envío los números englobados y los que pidió los envié á vuelta de correo. Aumento paquete.—*Palafrugell*: D. C. Envié las cuatro suscripciones con los recibos. Escribí.—*Olivenza*: M. M. Envío los tres números. Escribí.—*Sestao*: E. T. Envié suscripción nueva.—*Manlleu*: J. A. Envié los cuatro paquetes pedidos y ahora va el 5.º.—*Granollers*: J. J. Envié números.—*Gracia*: J. C. Envío suscripciones.

COLABORACIÓN

DE

LA REVISTA BLANCA

D. Soledad Gustavo, profesora.

D. Pedro Dorado, catedrático.

Francisco Giner de los Rios, catedrático.

Juan Giné y Partagás, catedrático.

Leopoldo Alas (Clarín), catedrático.

U. González Serrano, catedrático.

José Esquerdo, catedrático.

Fernando Tarrida, ingeniero.

D. Manuel Cossio, director del Museo Pedagógico.

Alejandro Lerroux, periodista.

Miguel de Unamuno, catedrático.

Anselmo Lorenzo, escritor.

José Riquelme, periodista.

Ricardo Mella, escritor.

Adolfo Luna, periodista.

Jaime Brossa, escritor.

A. del Valle, escritor.

Doctor Boudin

José M.^a de Puellas, médico.

José Nakens.

LA REVISTA BLANCA

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España, Portugal, Gibraltar y costas de Africa, un trimestre.	1'50 pesetas
» » » » » » » » » » » » un año.	5 —
Paquete de 12 ejemplares.	2'00 —
Un ejemplar.	0'25 —

Toda la correspondencia al Administrador.